

EVO MORALES: QUEREMOS SER SOCIOS PERO NO PATRONES

José Carlos Fernández Rozas

Aunque el escenario preelectoral permitía prever un triunfo del Movimiento al Socialismo, y de Evo Morales y Álvaro García Linera como Presidente y Vicepresidente de la República de Bolivia, ninguna de las predicciones establecía la posibilidad de una mayoría absoluta y, menos aún, una distancia tan importante e incuestionable con el segundo competidor. La campaña de Tuto Quiroga, el ex presidente y gran opositor de Morales, explotó al máximo el temor ante el eventual triunfo del MAS recalcando que la amistad de su líder con el presidente venezolano Hugo Chávez sólo traería desgracias a Bolivia y amenazando con la inexorable confiscación de la propiedad privada, la expropiación de las tierras de los grandes hacendados y la enérgica represalia contra los dueños de fábricas y a los gerentes de banco.



El voto por la transformación de las actuales estructuras económicas, sociales y políticas ha supuesto un rechazo al sistema anterior y a quienes han conducido la política nacional las últimas décadas. Esta necesidad de cambio ya se había manifestado de manera muy clara desde el 2000 con la guerra del agua y en los sucesivos conflictos vividos por el país desde entonces, que involucraron la destitución de dos Presidentes de la República y precipitaron un proceso electoral adelantado. Acaso esta expresión institucional del cambio sea el principal valor de la democracia que se ha puesto de manifiesto en la reciente votación. Mas el ascenso del MAS obedece no tanto a las virtudes Evo Morales, y a la miope campaña de Quiroga, cuyo parecido al malvado Fernando Escandón del célebre culebrón “Pasión de Gavilanes” se aduce como elemento

relevante de su fracaso, sino al resultado de la debacle económica a la que Sánchez de Lozada y otros presidentes neoliberales habían conducido al país. Ello junto al desgaste de los partidos tradicionales que tras veinte años en el poder no habían podido evitar que los índices de pobreza se mantuviesen por encima del 60% y la concentración de la riqueza en menos del 5% de la población, y que la inmensa mayoría de ésta no pudiese educar a sus hijos, ni tener acceso a la asistencia sanitaria y a los recursos naturales. Tampoco evitaron que la crisis económica y los problemas entre clases sociales dieran lugar a un conflicto de intereses entre el oriente y el occidente del país con una exacerbación de los regionalismos y del refuerzo de las identidades aymara, quechua, guaraní o chapaco. Así, mientras la región andina busca nacionalización de hidrocarburos y Asamblea Constituyente, el oriente cifra sus esperanzas en las autonomías departamentales. Son como dos Bolivias, una productiva y otra bloqueadora, una beneficiada y otra excluida. El mapa electoral del pasado domingo es sumamente elocuente de esa fractura.

La elección por mayoría absoluta ha provocado un interés y una preocupación de la comunidad internacional en función de dos elementos significativos: el origen populista-étnico de Morales y la adscripción político-ideológica de su propuesta programática. En el primer caso, que el ejercicio del gobierno corresponda a un político surgido de los mayoritarios sectores populares de la sociedad boliviana es un hecho insólito en un país donde el poder ha estado en manos de sectores provenientes de las clases medias y altas, cuando los indios integran el 60% de la población. En el segundo, la posibilidad de ejecutar un programa de gobierno populista que ponga particular énfasis en el bienestar social, la mejor redistribución del ingreso nacional y la consolidación de principios de soberanía seriamente afectados. No en vano, de las urnas ha surgido una nueva izquierda indígena que no comparte los principios, ni el seudo radicalismo de los años 50, 60 y 70 de la izquierda tradicional que, por cierto, abandonó en la Quebrada del Yuro en 1967 al Che Guevara por no haber asimilado el alcance de su movimiento revolucionario. Es una izquierda de acción colectiva que se opone decididamente a los últimos residuos de la izquierda tradicional y que tiene otra estructura organizativa, otra ideología y otras simbologías. En Bolivia se está consolidando un proyecto distinto con fuerte contenido indígena: el “evismo”, continuador del “chavismo”, aunque más auténtico, como un fenómeno político continental que propugna un cambio estructural de gran envergadura.

Dentro de las cuestiones internacionales que el nuevo gobierno deberá afrontar, al lado del histórico de la política de retorno al océano Pacífico, destaca el del el gas, cuyos beneficios pueden ser el recurso fundamental que permita a Bolivia atender necesidades básicas de una población sumida en la pobreza e insertarse en la economía de la región y del continente en forma más ventajosa; también es ineludible atender a una ayuda eficaz por parte de la cooperación internacional, que ha comenzado con un índice favorable: la condonación por parte del FMI de 251 millones de dólares. Y, asimismo, está el complejo caso de la coca, cuyas implicaciones externas no sólo se refieren a EE UU, sino también a Europa y a la propia región. Como es obvio estos cuatro temas serán enfocados bajo el impulso del cambio propuesto por el MAS y sus candidatos y de la manera en que sean resueltos dependerá el propio el destino del nuevo Gobierno.

La euforia, una vez conocidos los resultados que le dieron la victoria a Evo Morales, ha dado lugar a declaraciones por parte de ciertos dirigentes sindicales que, imprudentemente, conminan al nuevo Gobierno a instalarse el 22 de enero próximo y otorgan 90 días para poner en práctica una serie de exigencias que el mismo candidato había enarbolado durante su campaña electoral como el cambio de modelo económico, la

convocatoria a una Asamblea Constituyente, el incremento de la cesta de la compra a 6.000 bolivianos y del salario en 20% y otras medidas anunciadas al calor de la campaña electoral. Evidentemente uno de los temas de los que más se ha ocupado el MAS ha sido el de los hidrocarburos. Su programa ha sido su “nacionalización”, el desconocimiento de los contratos de riesgo compartido firmados con las empresas petroleras transnacionales y la exigencia de regalías superiores al 50%. Por el momento, sin embargo, García Linera se ha limitado a tranquilizar a los representantes de las empresas extranjeras en el sector.

El MAS representa un refuerzo del papel del Estado, un enfrentamiento con el proceso globalizador y con el ALCA, un rechazo a la inversión extranjera, una defensa omnímota de los recursos naturales y una tendencia a la nacionalización de los hidrocarburos. Está claro que éste es el sentimiento mayoritario de la población y, errado o no, el tiempo lo dirá, es ahora la expresión de la mayoría expresada con el voto. Por ello la victoria del MAS es legítima y le da el derecho de implantar su programa de Gobierno. El gran reto será gobernar para todos en cumplimiento de la Constitución y con la atenta mirada de las fuerzas armadas. De ahí la importancia de las primeras decisiones del Gobierno. El Presidente electo parece haber tomado conciencia de la enorme responsabilidad que pesa sobre él y con justa razón ha dicho que “queremos socios pero no patrones” al referirse a las multinacionales. De ahí que mal haría el próximo Gobierno en alejar al capital privado extranjero, a sabiendas de que el país está poco menos que en quiebra y de que, por lo tanto, carece del capital y de la técnica necesarios para explotar los recursos nacionales en provecho de Bolivia y de los bolivianos.

(Gaceta de los Negocios, 27 de diciembre de 2005)